

Bayreuth, la ciudad de Alemania que da la nota más allá de Wagner

El Festival Wagner de Bayreuth cumple este verano 150 años con escenarios repartidos por toda la urbe. Un motivo de peso para escaparse a la ciudad bávara, donde también esperan la Ópera del Margrave, patrimonio de la Unesco, o el Palacio Nuevo



El Palacio Nuevo de Bayreuth, escenario de la recepción oficial tras el estreno de 'Tristán e Isolda' en el Festival de Bayreuth, que celebra este verano su 150º aniversario.

DANIEL VOGL (PICTURE ALLIANCE / GETTY IMAGES)

CARLOS PASCUAL

12 JUL 2026 - 05:30 CEST



Añadir EL PAÍS en Google

No hace falta ser melómano empedernido para saber lo que se cuece cada verano en la ciudad alemana de [Bayreuth](#). Y no tiene que ver con el calor: desde 1876, se celebra un festival de ópera que se sacó de la manga Richard Wagner, construyendo un teatro a su gusto en una verde colina (Grüne Hütte) a las afueras del casco urbano de entonces. Un teatro singular, carísimo —pero pagaba el rey de Baviera, Luis II, admirador enfermizo de Wagner—, en el cual la orquesta queda oculta bajo el escenario para que brillen más las voces. Aquel año, Wagner estrenó allí su tetralogía *El anillo del Nibelungo*, ciclo que comprende cuatro óperas: *El oro del Rin*, *Sigfrido*, *Las Walkirias* y *El ocaso de los dioses*. Y este 2026, [el Festival Wagner de Bayreuth](#) cumple 150 años, por lo que [la ciudad bávara](#) se dispone a vivir un verano muy especial

Desde entonces, cada temporada (este año, entre el 25 de julio y el 26 de agosto) melómanos fervientes (y pudientes) peregrinan a Bayreuth con el ánimo dispuesto a aguantar las más de cinco horas, solo de música, de algunas óperas wagnerianas; los compasivos organizadores incluyen, entre actos, un par de pausas de una hora o más para que los asistentes puedan salir a merendar o cenar, cualquiera sabe a esas horas. En el festival se representan normalmente todas [las óperas de Wagner](#), y en esta edición especial se va a poder ver por primera vez *Rienzi*, obra primeriza del

maestro que él consideraba de rango inferior al resto de su producción.

No será, por supuesto, la única novedad. La ciudad va a echar el resto llenando esos días con conciertos, teatro, encuentros literarios y simposios, etcétera. Todo ello bajo un *leitmotiv* (palabra esencial en el vocabulario wagneriano): enlazar la tradición con la vida actual, en plazas, calles y escenarios repartidos por toda la localidad.

Los fieles wagnerianos, además, tienen otras citas ineludibles, auténticos santuarios de culto musical: el principal de ellos, [Wahnfried](#), la casa donde habitaron Wagner y su mujer Cósima. Allí vivieron entre 1872 y 1882, es decir, hasta un año antes de que el músico encontrara su muerte en Venecia. Pero no está enterrado en la ciudad italiana, sino aquí, en Bayreuth: su tumba acompaña a la de Cósima en un extremo del jardín de la Villa Wahnfried, lindando con el Hofgarten o parque ahora municipal. Esta Villa...Wahnfried es desde 1976 el museo más solicitado de Bayreuth. En su planta baja se puede descubrir cómo eran el mundo y época wagnerianos, en torno a 1880, con documentos diversos, manuscritos, partituras, estampas de archivos nacionales.

Al lado de esta mansión también se puede visitar la Siegfried Wagner Haus, la casa que hizo construir Siegfried, el hijo de Wagner, para él y su mujer Winifred, y en la cual la familia acogió a jerarcas nazis en la década de 1930, cuando asistían al festival. Abierta al público desde 2015, aquí se puede calibrar la tan comentada relación de la música y familia Wagner con el nazismo y el Tercer Reich. Pero hay que tener en cuenta que cuando Richard Wagner murió, Hitler ni siquiera había nacido.

Otra cita inexcusable para melómanos, que queda a dos pasos, es [el Museo Franz-Liszt](#), en la casa donde murió el compositor. Liszt era el padre de Cósima, es decir, el suegro de Wagner —quien, por cierto, se burlaba de los fervorines religiosos que le entraron a Liszt en sus últimos años de vida—. Lo cierto es que Liszt apreciaba mucho la música de su yerno y transcribió para piano algunas de las más bellas páginas de óperas wagnerianas.



Los jardines del Eremitage, uno de los grandes espacios monumentales de Bayreuth, combinan fuentes, esculturas y arquitectura barroca a pocos minutos del centro. Rudolf Ernst (GETTYIMAGES)
RUDOLF ERNST (GETTYIMAGES)

Esplendor barroco

Con todo su brillo estelar, el universo wagneriano eclipsa un poco lo que fue y es el planeta Bayreuth. Una ciudad más bien pequeña (unos 75.000 vecinos), a menos de una hora en tren de [Núremberg](#) —pasa un convoy cada dos horas—. Enclavada en el corazón de Baviera, en un entorno natural delicioso de bosques, viñedos y cultivos, posee un casco histórico que es uno de los conjuntos barrocos más asombrosos, y poco conocidos, de esa región alemana.

Esplendor barroco que debe a una mujer empoderada y adelantada a su tiempo: Wilhelmine (o Guillermina) de Prusia, *margravina* —algo así como “marquesa”— de aquel territorio. Era la hermana mayor (y favorita) de Federico II de Prusia, o Federico el Grande. Eran 10 hermanos, y a varios les dio por el arte y la cultura, tal vez por llevar la contraria a su castrense y estricto padre.



El Festspielhaus de Bayreuth, diseñado según las indicaciones de Richard Wagner, acoge cada verano el célebre festival dedicado a la obra del compositor.
HARALD NACHTMANN (GETTY IMAGES)

Wilhelmine se casó con otro Federico, el *margrave* (o marqués) de Brandeburgo, poseía una sólida formación, pintaba, componía música, escribía piezas teatrales y mantenía correspondencia con personajes célebres de la Ilustración, como Voltaire. Este, por cierto, después de vivir de gorra un buen tiempo en la corte de Federico el Grande, tuvo que ser invitado a desalojarla, trató de robar unos libros de la biblioteca real (le pillaron antes de cruzar la frontera) y a toro pasado se dedicó a contar chismes del monarca, sus orgías y sus jocundos y ambiguos cortesanos.

El caso es que la ilustrada Wilhelmine convirtió a Bayreuth en una de las metrópolis barrocas más interesantes de su época. La obra más destacada de esa edad áurea es, sin duda, la llamada [Ópera del Margrave](#), en pleno centro de la ciudad, lejos pues del teatro wagneriano. Por fuera resulta austera, no parece gran cosa; pero su interior es un delirio rococó que deja sin aliento. Construida entre 1745 y 1750 y obra de los arquitectos italianos Giuseppe y Carlo Galli Bibiena, fue [declarada por la Unesco patrimonio mundial en 2012](#), y acaba de ser restaurada para las celebraciones de este año, junto con su museo y un nuevo World Heritage Center.



El auditorio del Festspielhaus fue concebido por Richard Wagner para ofrecer una experiencia acústica revolucionaria que aún hoy distingue al festival.
BRUCE YUANYUE BI (GETTY IMAGES)

Otro de los grandes legados de aquella época es el llamado [Palacio Nuevo \(Neues Schloss\)](#); lo de “nuevo” se debe a que fue levantado sobre las cenizas de un edificio anterior, que ardió en 1750. Las habitaciones de los margraves son exquisitas muestras de rococó. Además, el palacio preside un jardín (el Hofgarten antes mencionado) que con sus avenidas de castaños y robles, sus praderas y arriates de flores conforma hoy el corazón verde de la ciudad.

Otro parque histórico, un poco más alejado del centro, es el llamado [Hermitage](#). Allí hay también un Neues Schloss —no hay que confundirlo con el del casco viejo— donde Wilhelmine cultivaba sus aficiones literarias y artísticas. También este palacio está arropado por bosquetes, grutas de rocalla, surtidores, juegos de agua y un invernadero llamado Templo del Sol, coronado por una figura de Apolo.



La fachada de la Ópera de los Margraves esconde uno de los teatros barrocos mejor conservados de Europa.
GETTY IMAGES

A todo este bagaje cultural, Bayreuth quiere añadir en esta ocasión tan especial un perfil moderno y seductor, con un *lifestyle* que combine relajados paseos peatonales, compras en lugares como el Rotmain Center o tratamientos y cuidados corporales en las modernas [Lohengrin Therme](#) —evidente guiño a Wagner, aunque su ópera favorita no era *Lohengrin*, sino *Parsifal*—.

Otro registro obligado es el mundo de la cerveza local; se puede descubrir a través de la aventura [Maisel's Bier-Erlebniswelt](#), que incluye visita a la fábrica Meisel y el museo de cerveza más grande del mundo (según Guinness). Se puede rematar la visita en el anexo pub-restaurant Liebesbier. O saliendo ya del casco urbano, para descubrir los paisajes de los montes Fichtel y la llamada “Suiza francona”, donde no faltarán *Bierstube* aldeanas para tomarse un respiro y una buena jarra de cerveza.